LA SOCIEDAD GRANADINA-NASRĪ EN EL EXILIO

La Reconquista cristiana peninsular, casi a punto de acabar en el siglo XIII con Fernando III, se anquilosa y prolonga con sus sucesores hasta llegar al final del siglo XV.

Son, pues, más de dos siglos en los que tanto en un campo como en el otro se sufren transformaciones que alcanzan al conjunto de la sociedad, cristiana en un lado, musulmana en el opuesto.

La primera evolucionará y perdurará en las tierras que posee y que va adquiriendo. La segunda se paraliza y se reduce al compás del terreno que va perdiendo.

Sería largo de exponer las causas y circunstancias de por qué una sociedad va desarrollándose en progresión creciente, a medida que va saliendo del Alto Medievo, mientras la otra se va quedando vacía y estereotipándose en moldes arcaicos.

Ben Jaldún decía que "todo edificio monárquico debe reposar sobre dos bases. La primera es la fuerza, esto es, el ejército. La segunda es el dinero. La decadencia mina estas dos bases y se ve como, sucesivamente, se apodera de la fuerza de una dinastía, atacando luego a las finanzas del Estado y a sus ingresos" (1).

Parece un modo muy simple de presentar las cosas, pero así fue desde el propio nacimiento del reino nasrī granadino.

(1) IBN KHALDUN: *Discours sur l'Histoire Universelle (al Muqaddima)*. Tr. Vincent Monteil. Beyrouth 1968. T. II, pág. 59.

Heredero de los reinos de taifas, pudo, como éstos, alcanzar en algún momento un espejismo de poder e independencia, pero como ellos también, estaba condenado desde su nacimiento, a ser absorbido por el más fuerte.

Había que ser camellero en Africa o porquero en Castilla, ese era el destino final e inevitable.

Mientras tanto, la sociedad musulmana granadina pervivía con el ánimo de lo fatalmente previsible. Lo sabían desde el siglo XI: "Andaluces, arread vuestras monturas, el quedarse aquí es un error" (2).

La fuerza se perdió desde el momento mismo de división del califato. Las finanzas también, sobre todo al tener que someterse al pago de "parias", para no desaparecer.

Ben al Jaṭīb, evocando el reinado de Yusuf I, dijo que fue un período de paz y felicidad, señalado por la exención del tributo anual debido a los cristianos, lo que se consideraba un acontecimiento raro, inusual dentro de la dinastía nasrī (3).

El reino de Granada nació con esa doble debilidad del ejército y el dinero. Debilidad que se iría acentuando por las características propias de la sociedad nasrī, hasta acabar en su descomposición final.

¿Qué características eran esas que no soportaron el enfrentamiento cuando éste se hizo decisivo?

La sociedad granadina tenía su asentamiento en el dominio de una aristocracia militar, basada, a su vez, en el poder de unos linajes sobre otros, "...así, los linajes provocaron destrucción y estancamiento en el país, aunque proporcionasen la base de su estructuración social y política" (4).

En la cúspide del linaje o linajes dominantes estaba el emir, encamación suprema del gobierno del país, a través de los jefes del ejército y los teólogos y dirigentes religiosos que influenciaban grandemente a las masas.

Tanto los primeros con su dominio de las guarniciones y fortalezas de las ciudades y de los castillos en las áreas urbanas, como los segundos, atizando y cohesionando cada vez más a la población contra el enemigo cristiano, constituían factores primordiales de influencia que iban a prolongarse, inclusive más allá de la derrota final. Al producirse ésta, el rey D. Fernando procuró por todos los medios, y los consiguió, descabezar a unos y corromper a los otros.

(2) *El siglo XI en primera persona*... Tr. E. Levi Provençal y E. García Gómez. Madrid 1980. Nota 2. Cap. VII, págs. 212-213.
(3) ARIE, Rachel: *L 'Espagne Musulmane au temps des nasrīdes.* (1234-1492). París 1973, pág. 185.
(4) LADERO QUESADA, Miguel Ángel: *Granada. Historia de un país islámico. (1232-1571).* Madrid 1969, pág. 34.

Vista ésta, echemos ahora una ojeada sobre las otras clases sociales.

Ben al Jaṭīb, un siglo antes de la sociedad que contemplamos, distinguía seis categorías sociales y en ellas, la quinta, incluía al vulgo, el hombre común (5).

De hecho la clasificación del gran historiador granadino era más una visión política que sociológica. Pero en ese vulgo de Ben al Jaṭīb podríamos englobar todo lo que no era aristocracia de la espada o del derecho, el militar o el jurista, entendido éste, como en todo país musulmán, hombre de la ley, de la religión.

En ese vulgo distinguiríamos los oficios urbanos, artesanos, comerciantes y servidores, de la población rural, en la que se incluirían marineros y pescadores en las áreas litorales.

Diferenciada también esa masa o vulgo, según que habláramos de la capital o de las grandes ciudades del reino, o de éstas y de los pueblos o aldeas.

Pensamos que es obvio hacer una distinción entre ciudadanos y campesinos y que si pudiéramos encontrar un esbozo de clase media, la hallaríamos en los primeros, con un nivel de vida superior al del mundo rural. Éste, explotado por los de en medio y por los de arriba, creyó en algunos momentos de la guerra final granadina que su liberación estaba en cambiar de dueños.

Para pagar las onerosas "parias", para sostener el ejército necesario contra Castilla y como instrumento de poder, para soportar los gastos del Estado, tantas veces confundidos con los suyos propios, los sultanes, en efecto, no podían suprimir los impuestos no tanto vulneraban sus propias leyes religiosas. En último término era el campo el que aguantaba el peso más enorme de todos, sin que el comercio y la industria, cada vez más raquíticos, pudieran aliviar las insoportables cargas impositivas del campo (6).

Del padre de Boabdil dice un cronista musulmán contemporáneo que "abrumó al país con tributos y a los zocos con impuestos. Pillábanse las haciendas..." y todo esto, "ordenando nuevos tributos y agravando los existentes" (7).

El descontento, patente o encubierto, es fácilmente deducible de tal estado de cosas. La capitalización de ese descontento resultaba lógica y, como consecuencia de todo ello, la debilitación del propio Estado, falto de fuerzas y de

(5) HOENERBACH, Wilhelm: "El historiador Ibn al Jaṭīb: pueblo-gobierno-estado". *Andalucía islámica.* I. Granada 1980, págs. 54 y s.

(6) LADERO QUESADA, Miguel Ángel: *Granada después de la conquista.* Granada 1988, págs. 261 a 271; Ladero califica los tributos de "el duro fisco de los emires".

(7) *Fragmento de la época sobre noticias de los Reyes Nazaritas.* Pr. y Tr. BUSTANI, Alfredo y QUIRÓS, Carlos: Larache 1940, pág. 7.

dinero, los dos motores puestos por Ben Jaldún como básicos para que el edificio se mantuviera.

Tal es, a grandes rasgos, el panorama que se presenta a nuestros ojos, de la sociedad granadina, en las últimas décadas de su existencia como sociedad libre, correspondiente al único Estado musulmán a punto de desaparecer como tal, en la Península Ibérica.

Ahora bien ¿se trasplanta esa sociedad a tierras africanas, cuando la emigración, numerosa en principio, masiva después, propicia la creación de comunidades autónomas, prácticamente independientes, con la fundación de ciudades netamente granadinas?

¿Cómo es esa sociedad granadino-nasrī en el exilio?

Desgraciadamente carecemos "de fuentes, tanto musulmanas como cristianas, que nos den luz en tal interrogante. Las cristianas porque se desentendieron de los vencidos una vez éstos atravesaron el Estrecho. Las musulmanas porque su pobre historiografía y los tremendos problemas políticos, económicos y sociales sufridos por los países donde fueron a parar esos emigrados, no dieron cabida a la atención histórica que hubieran tenido en otro caso.

El prototipo de esa sociedad granadina-nasrī lo constituye la formada por la comunidad de exiliados que fundó la ciudad de Tetuán en el trapecio Norte marroquí, a 40 Km. al sur de Ceuta, esto es, del Estrecho de Gibraltar.

Algo más sabemos de ese grupo emigrado debido a tres causas fundamentales:

Una por el obstáculo que ofrece la nueva ciudad y los guerreros en ella asentados, a la expansión portuguesa para dominar el septentrión marroquí, lo que se refleja en las crónicas lusitanas de la época.

Dos, la resurrección y rápida reactivación del corso, piratería según unos, guerra santa en el mar según otros, a partir de la reconstrucción de Tetuán, que asola las costas españolas y mares limítrofes, preocupando gravemente a los dirigentes peninsulares todo lo cual deja huellas en las crónicas y documentos castellanos.

Y tres, porque también las crónicas musulmanas se hacen eco, de algún modo, del aspecto religioso y nacionalista de la lucha que llevan a cabo los granadinos para repeler al cristiano invasor de las costas marroquíes, cuando el poder central estaba sumido en una anarquía peligrosa para la subsistencia del propio Estado marroquí.

Una crónica, que podríamos llamar musulmana, casi contemporánea de la fundación, y otra castellana, que copia mucho de la anterior, nos hablan de la reconstrucción de Tetuán y de los granadinos que la llevaron a cabo.

El autor de la primera, az Zayyāti, visita inclusive la ciudad, recién muerto su fundador (8).

Mármol, el cronista castellano, nos facilita datos idénticos, pero también otros distintos, que nos serán útiles (9).

Curiosamente los portugueses, que son los más cercanos al tiempo y al espacio, puesto que sintieron en sus propias carnes de la guarnición ceutí, los zarpazos de los nuevos enemigos instalados casi en sus puertas, no nos hablan para nada de fundación ni de los principios de su lucha contra aquellos exiliados.

Comencemos por az Zayyāti, porque en él hallaremos los orígenes y formación de esa peculiar sociedad granadina-nasrī en el exilio.

Zayyāti, esto es, el Africano, después de aclararnos quienes fueron los verdaderos destructores de la "pequeña ciudad construida por los antiguos africanos", destrucción que las crónicas lusitanas nos fechan con toda exactitud en 1437 (10), dice que permaneció 80 años deshabitada, al cabo de los cuales fue restaurada por un capitán granadino, que realizó proezas durante la guerra de Granada. Los portugueses le llamaban Almandari y obtuvo autorización para restablecer el gobierno de la ciudad y beneficiarse de él. Reconstruyó las murallas, levantó una fortaleza y ciñó ésta y aquellas de fosos. Guerreó constantemente contra los portugueses, haciendo mucho daño a las guarniciones de Ceuta, Al-kazarseguer y Tánger. Todo ello con un grupo de trescientos caballeros, todos granadinos, que eran la flor de Granada (11).

Aquí están, bien marcados, los rasgos primarios característicos de la sociedad que los granadinos van a intentar reconstruir en la tierra que les acoge. Hay un jefe militar y bajo su mando se agrupan un conjunto de nobles granadinos que como él se han desterrado ellos mismos, alejándose de una guerra civil que no les convence y otra guerra secular que consideran perdida. Tenemos todos los datos para ir configurando algunas facetas de ese germen de sociedad granadina:

a) personalidad del Mandari,
b) reacción del entorno indígena,
c) afluencia de emigrados,
d) reactivación del corso tetuaní.

La personalidad de Alí al Mandari nos dará el perfil del sujeto necesario

(8) L'AFRICAIN, Jean León: *Description de l'Afrique*. Tr. Epaulard. París 1956, pág. 268.
(9) MÁRMOL CARVAJAL, Luis del: *Descripción general de África*. Granada 1573. Libro 4.°. Fol. 131.
(10) AZURARA, Gomes Eanes de: "Chronica do Conde D. Pedro de Meneses y Chronica D. Duarte". *Colleçao de Livros inéditos de l'historia portuguesa*, de José Correa da Serra. Lisboa MDCCXCII.
(11) L'AFRICAIN: Op. cit., pág. 268.

en la cúspide de esa sociedad, a tenor de los esquemas válidos en Granada: la cabeza, el príncipe, el emir.

Ex-alcaide de la fortaleza de Píñar, perteneciente a la aristocracia de la capital, lleva consigo, al desterrarse voluntariamente al Norte de Marruecos, un prestigio hereditario y adquirido que le coloca, desde el primer momento, al frente de los demás desterrados. Pertenece al partido abencerraje, afín de Boabdil y del mismo partido son, seguramente, los nobles caballeros que le acompañan.

Los historiadores marroquíes son unánimes al considerar jefe de los granadinos que reconstruyeron el nuevo Tetuán, a Abū-l-Ḥasan ʿAlī al Manẓirī al Garnatī, esto es, al Mandari de las crónicas portuguesas y castellanas (12).

Recientemente he intentado realizar una biografía de este personaje extraordinario (13).

El clan militar comienza a funcionar al otro lado del Estrecho a la medida de los linajes de la sociedad granadina. Bien es verdad que aquí, en Tetuán, la espada tenía que primar sobre cualquier otro factor, al estar el entorno, más o menos próximo, sacudido regularmente por las cabalgadas y razias de las guarniciones portuguesas de Ceuta, Alkazarseguer, Arcila y Tánger. Ocupadas estas plazas claves, todo el trapecio Norte marroquí se hallaba a merced del cristiano invasor.

Desgraciadamente para los granadinos, no fueron los lusitanos los únicos en enfrentarse con ellos. Tuvieron que habérselas, incluso con mayor asiduidad, con la oposición y abierta hostilidad, al principio violenta, de los indígenas del país, celosos de sus tierras y de sus pastos. Hasta tal punto fue así, según los historiadores locales tetuaníes, que aún ya construidas las primeras viviendas por los exiliados, los cabileños se las destruían (14).

Después de todo ¿no primaba lo militar sobre lo civil en el reino nasrī? (15).

Lo primero, pues, que deben hacer los integrantes de ese grupo de exiliados es fortificarse y bien. Rodearse de fosos y muros, que les dieran un mínimo de seguridad. Seguramente no llevarían sus familias hasta que tal operación se terminara satisfactoriamente. Aproximadamente un plazo de tres o cuatro años. Los mismos que transcurren desde la marcha de al Mandari de Granada, y su llegada a tierras africanas, hasta que decide casarse con una parienta del rey Boabdil y trasladarla a una ciudad, no solo reconstruida sino amurallada y bien defendida.

(12) DĀWD, Muḥammad: Tarīj Titwān. Titwān 1379/1959. Tomo 1.°, pág. 90.
(13) GOZÁLBES BUSTO, Guillermo: Al Mandari, el granadino, fundador de Tetuán. Granada 1988.
(14) DĀWD: Op. cit., pág. 97.
(15) LADERO: Granada. H.ª de un país islámico..., pág. 65.

Dicha boda, o por lo menos su proyecto, puede fecharse en 1490 y nos indica el tiempo en el que los granadinos, al construir sus viviendas y llevar sus familias han ampliado, de algún modo, el grupo de militares profesionales que forma el núcleo primitivo (16). Hay un hecho que nos lleva a pensar en las consecuencias que provoca. El medio humano rural inmediato a la ciudad que se va construyendo es, desde un principio y por largo tiempo, completamente hostil, como dijimos, a la implantación de aquellos forasteros en sus tierras.

Las consecuencias sociológicas de tal actitud son dos principalmente. En primer lugar, intensifica una endogamia que se prolongará en el tiempo, con todo lo que ello significa.

En segundo lugar, el sector servicios se cubrirá también con emigrados, ampliándose por tanto, el carácter granadino de la sociedad en desarrollo.

Las dos fuentes examinadas conducen, junto con las circunstancias políticas del país, sumido en la más grave anarquía, a una autonomía, de hecho una independencia, que favorece el desarrollo normal de la sociedad granadina, que crece prácticamente sin trabas para poder imitar sus modelos peninsulares. Esto constituye un centro de atracción, como un poderoso imán, que acoge, cada vez más, a un mayor número de refugiados.

La afluencia de emigrados, creciente a medida que la guerra de Granada toca a su fin hace de Tetuán una ciudad puramente granadina, sí, pero a la larga y recibiendo a todo tipo de exiliados, con los mismos graves problemas que tuvo la sociedad granadina, los últimos años de su existencia, o sea, las banderías y luchas civiles.

La unidad, bajo la espada, se sostiene toda la vida del viejo caudillo, Al Mandari, que fue mucha. A su muerte, apenas sus próximos parientes, entre ellos su misma esposa, la célebre Sit al Hurra, pueden sostener un gobierno que se les escapa de las manos y se deshace final y definitivamente, entre luchas de linajes, reproducidas, igualmente, en tierras africanas. Volveremos sobre ello.

Una cuarta faceta que debemos examinar, atañe a la segunda base que ben Jaldún consideraba necesaria para la mera existencia de un Estado y, en este caso, de una sociedad autónoma, como lo era la granadina-nasrī en el exilio: las finanzas, la economía.

Del pequeño grupo militar que rodeaba inicialmente a al Mandari no puede decirse otra cosa sino que vivían sobre el país. Sus cabalgadas y acciones bélicas debieron ser, los primeros años de su aparición en el valle del río Martín, tan temibles para los portugueses como para los propios indígenas.

(16) GOZÁLBES BUSTO, Guillermo: Op. cit., págs. 65 a 70.

Hay datos que nos señalan en esa dirección. Uno, ya citado, es la hostilidad de la población autóctona al establecimiento de los granadinos en sus tierras.

Aparte de favorables acogidas por parte de las autoridades del poder central y de ciertas capas sociales abiertamente xenófobas, como los šurfa, en lucha constante contra los lusitanos, la mayoría de la población, en esta región septentrional marroquí, netamente rural y viviendo miseramente en agrupaciones aldeanas, solo deseaba vivir en paz.

Compraban dicha paz a los cristianos, bastante cara por cierto, y, de pronto, aparecían otros forasteros que también exigían sus tributos. Si se los daban a unos los castigaban los otros y la doble carga les resultaba insoportable.

Llegaron inclusive a pactar con los portugueses para expulsar a los granadinos (17).

Los fosos y murallas que éstos construyeron, lo fueron pensando, tanto en los soldados cristianos de las guarniciones costeras como en los irritados campesinos del entorno.

Se siguió viviendo sobre el país y de la guerra durante mucho tiempo, pero al crecer la población, aquello fue insuficiente.

El país podía soportar, a duras penas, un grupo parásito, pero no toda una ciudad parásita.

Por otro lado los emigrados que acudían a esta conflictiva zona, bastante menos tranquila bélicamente que el interior del país, traían consigo un inextinguible afán de venganza. Habían perdido sus hogares y muchos de ellos hasta habían dejado sus familias en las costas de enfrente, con el consiguiente anhelo para recogerlas y traerlas consigo a tierras africanas, la "dar el Islam" (17).

Aquellos hombres comenzaron una actividad que ya se había realizado siempre que se podía en la desembocadura del río Martín, pero que casi extinguida por los fuertes castigos recibidos a principios del siglo XV, no era extraña en aquellos mares. Nos referimos a la guerra de corso. Una guerra de corso reavivada y llevada a cabo por granadinos, que tuvo dos motivaciones esenciales: respuesta bélica y enriquecimiento.

La primera nace como ecuación lógica de la derrota terrestre que sufren los musulmanes españoles y sus aspectos más llamativos son la interrupción del cabotaje normal entre las costas del antiguo reino nasrī, con la consiguiente paralización del comercio, y el asalto y cabalgadas sobre esas mismas costas que los corsarios granadinos conocen perfectamente.

La otra motivación del corso granadino, el enriquecimiento, resultado lógico de la actividad que en él se empeña, va a constituir el aspecto más externa-

(17) DĀWD: Op. cit., pág, 97.

mente visible de la sociedad de emigrantes nasrī tetuaní, de tal modo que por largos siglos quedó el nombre de Tetuán ligado, en las mentes castellanas y aún europeas, a conceptos duros y crueles, como piratas, mazmorras, rescates, esclavos, renegados, etc.

Las fuentes más antiguas hablan de tres mil cautivos cristianos, que al Mandari empleaba en mejorar las defensas de la ciudad.

Pero números más arriba o más abajo, puesto que conocidas las mazmorras o parte de ellas se duda de esa cifra, el verdadero papel de los cautivos no era el trabajo pasado manual que ellos llevaban a cabo, sino la riqueza que generaba el gran negocio de los rescates (18).

Tales eran esa riqueza y ese negocio que la inmensa mayoría de la nobleza granadina, tanto el núcleo primitivo como los que iban sucesivamente llegando, se dedicó a armar naves en corso. Naves que, por lo demás, iban con jefes y tripulación granadinos, porque el nativo, el gumari, no era, ni mucho menos aficionado a la navegación y apenas si se dedicaba a la pesca ribereña (19).

El propio Mandari llegó a tener una considerable flota de guerra que dedicaba, como es natural, al corso y asalto de las costas cristianas peninsulares (20).

En una crónica se llegan a citar en un avistamiento ante las costas de Ardía, una galera real y cinco galeotas, pasando camino de Larache que, era, junto con Tetuán, los únicos fondeaderos con que podían contar los barcos marroquíes en el trapecio Norte marroquí, aparte de Targa que era ensenada abierta, carente de todo refugio.

Desaparece y se va arrinconando el corso portugués, pujante durante la primera mitad del siglo XV, coincidente con la ocupación de Ceuta el 1415 y se va imponiendo en el Estrecho y aguas limítrofes el corso granadino, con esa extraña mezcla de venganza y afán de lucro, después de todo nunca raro en los vencidos.

Tetuán comenzó a enriquecerse gracias al corso, formándose pronto una oligarquía de grandes propietarios, no de inmuebles rústicos o urbanos, sino de esclavos.

Oligarquía en la que descollaban, como es lógico, el clan familiar de al Mandari y algunos de los guerreros que le acompañaron en el exilio. Así nos lo

(18) GOZÁLBES BUSTO, Guillermo: "Las mazmorras de Tetuán". *Estudios de Historia y de Arqueología Medievales*. III y IV. Cádiz 1984, págs. 247 a 264.

(19) BRUNOT, L.: *La mer dans les traditions et les industries indigenes de Rabat-Sale*. París 1921, pág. 241.

(20) GOES, Damiao de: *Chronica del Rei D. Manuel*, Lisboa 1909. Vol. III, pág. 16.

revelan distintos documentos sobre rescate de cautivos, encontrados hasta ahora, fechados en distintos períodos de la vida y el gobierno del propio caudillo granadino (21).

Así, pues, la ciudad se convierte en un gran mercado de esclavos y como tal adquirió triste celebridad, hasta los tiempos modernos inclusive.

A calor de su riqueza y de su hospitalidad fue acudiendo un gran contingente de emigrados, entre los cuales no había sólo, como antaño, nobleza y clase dirigente. Artesanos, comerciantes, juristas y casi toda la gama de clase media ciudadana del reino nasrī, ya en manos del vencedor, se agolpa prácticamente en la nueva ciudad, obligando a rehacer su recinto fortificado y construir nuevos y más amplios barrios al Oeste y al Sur.

Aquella sociedad no se parecía en casi nada al primer grupo castrense, alrededor del cual se nucleó la nueva Tetuán. Deseaba parecerse a la sociedad que habían tenido que abandonar en su tierra andaluza, reproducir sus esquemas que conservaban vivos en las mentes, pero las circunstancias no eran idénticas, ni siquiera parecidas. Quizás la clase dirigente se pareciera bastante en la motivación de sus fines que continuaban siendo su dominio y enriquecimiento, pero en ajenas tierras no se podían conseguir por los mismos procedimientos.

Había que luchar por tierra y por mar para adquirir botín, y la parte más sustancial de éste eran los cautivos. Estos se concentraban en pocas manos que los compraban para revenderlos o utilizarlos en su propio provecho.

Todas las otras clases sociales giraban prácticamente alrededor de este negocio, porque el artesano, por ejemplo, que no tocaba directamente el flujo del mismo, trabajaba para aquellos que lo manipulaban.

Se montó, pues, una sociedad esclavista, impuesta por las circunstancias, en la que era muy difícil formar un capital que no estuviera basado en las ganancias que el corso proporcionaba.

Hay pruebas de que las cosas llegaron a ese extremo. Así, para establecer unas treguas entre el reino de Portugal y el reino de Fez, costó gran trabajo granjearse el asentimiento de la oligarquía tetuaní, la cual deseaba quedar al margen de las citadas treguas para continuar con la actividad de sus fustas corsarias. Lo pone de manifiesto el gobernante portugués de Arcila ante su rey, criticando la actitud de Mawlay Ibrahim, primer ministro del reino, que regía por entonces el gobierno de Tetuán por medio de su hermana, y que pretendía hacer el doble juego de firmar unas treguas para unas cosas y continuar las actividades bélicas

(21) GOZÁLBES BUSTO, G.: *Al Mandari...*, págs. 94 a 97.

lucrativas para otras (22).

Si tenemos en cuenta que no era posible la formación de grandes latifundios, origen y sostén de la nobleza granadina, se abunda más en la impresión de ser la ganancia del corso la fuente más importante de riqueza de esa misma nobleza trasplantada a tierras marroquíes.

Después había, casi sin transición, una multitud que, por un lado no podría ni quería dispersarse por los campos y, por otro, permanecía concentrada en una ciudad donde todo había que crearlo "ex novo", desde la reposición de tejidos y calzados, hasta la provisión de alimentos necesarios para el vivir cotidiano.

Las dificultades aumentaban al mismo ritmo que iban llegando, a veces en oleadas, los nuevos refugiados. Porque Tetuán se convirtió en la tierra de promisión más ansiada por todos los granadinos no solamente de los nobles, los acomodados, como fue en los primeros años de su derrota, sino ahora, en los albores del siglo XV, por la totalidad de la población. Hasta los más humildes campesinos de la Alpujarra y el sufrido pescador de la costa soñaba con pasar "allende", como confesaba el propio conde de Tendilla que los conoció muy bien (23).

Pensamos que más de una vez rechinarían los engranajes de aquella sociedad granadina nasrī en el exilio, creada para desarrollarse con unos moldes culturales que precisamente se querían perpetuar con ese exilio, pero convertida por otros moldes distintos en una masa heteróclita, mezcla de mar y de tierra, de nostalgia y de odio, de afán guerrero y anhelos de paz, de recuerdos del pasado y ansias de un futuro mejor.

No, aquella no era Granada, ni Ronda, ni Baza, ni tampoco ciudad marinera, tales Málaga o Almería, aunque por lo menos tampoco era un país cristiano y gozaban de la libertad de vivir como ellos habían escogido.

Debían olvidar lo que se dejó y pensar en lo nuevo por hacer.

Las raíces estaban en Granada, pero las nuevas ramas crecían en país extraño y debían cuidarlas y procurar su pervivencia.

Olvidar lo que se dejó fue difícil. El jurista marroquí al Wanšarīsī echa en cara a todos los exiliados musulmanes de esta época en Marruecos, su nostalgia de la patria perdida (24).

(22) *Sources Inedites de l'Histoire du Maroc.* (S.I.H.M.) Portugal. 1.ª serie. Vol. III, págs. 109-110; V. también GOZÁLBES BUSTO, Guillermo: "Sit al Hurra, gobernadora de Tetuán (siglo XVI)". *Actas I Congreso Internacional del Estrecho de Gibraltar. Ceuta 1987,* págs. 461 a 479.

(23) MENESES, Emilio: *Correspondencia del Conde de Tendilla.* II Madrid MCMLXXIV, pág. 41.

(24) GASPAR REMIRO, M.: "Granada en poder de los Reyes Católicos. Primeros años de su dominación". *Rev. del Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino.* N.° 4 -1911. Tomo I, págs. 222-223.

En Granada dejaron una casa o un palacio, una calle, una plaza, una mezquita, un río, unas avenidas, unas montañas y, lo que es peor, una familia, un linaje, unas relaciones humanas entrelazadas en el tiempo. En Tetuán lo intentaron todo para reproducir esa casa o aquel palacio, la mezquita, su calle, aquella plaza; el río y los montes estaban allí también, la pequeña vega o valle del río Martín, pero ¡ay! nada era igual. Todo salía minúsculo y apresurado y la propia naturaleza resultaba un remedo de las imponentes sierras nevadas y de los caudalosos ríos, de la fértil Vega y de los regados valles del Genil o del Almanzora. ¿Cómo reproducir una Alhambra o siquiera una fortaleza de las muchas que se vieron obligados a entregar, Gibralfaro, Salobreña, por no abundar en más ejemplos?

¿Cómo trabajar con el mismo afán las feracísimas tierras donde habían nacido y criado, regadas por el ingenio heredado de sus antepasados, y estas otras tierras del valle del Martín, rodeados de cábilas enemigas de su sola presencia y careciendo de sistema de riego alguno?

El corso, que absorbió las energías de muchos granadinos, les dió, efectivamente, un medio de vida y también, implícitamente, una salida para sus deseos de venganza, pero, en cambio, los insensibilizó para otras actividades.

Casi podemos asegurar que las del espíritu quedaron reducidas a la práctica de los deberes religiosos. Esto no podía por menos de ser así ya que fueron precisamente esas creencias religiosas las que mejor representaban sus formas ancestrales de vida cultural, por las que habían luchado y por las que a fin de cuentas, habían preferido abandonar la patria de sus mayores.

El resto del amplio campo cultural se redujo a conservar lo poquísimo que se había podido trasladar desde la perdida patria. El "yihad" en sus dos facetas, marítima y terrestre, absorbió las energías de las mejores inteligencias.

Lo que sobresale en arquitectura no son palacios o templos, sino torreones y murallas. Es, no lo olvidemos, una sociedad que nace de la guerra y se desarrolla en ella.

Esa característica y el empleo de la mano de obra esclava son bien visibles en los torreones que salpican el recinto murado y que aún se conservan de la época del ex-alcalde de Píñar. Más visibles aún en el castillo xauní de la ciudad hermana que fue, igualmente, creación šurfa-granadina. Castillo y torreones de nítida influencia castellana y portuguesa.

Los primeros servicios públicos que se atribuyen al fundador, Sīdī ʿAlī al Mandarī, tanto su propia casa, como el baño o la mezquita son unos humildes monumentos cuya comparación con cualquier otro peninsular y mucho menos de la capital granadina se hace ridícula.

Solo los engrandece la memoria de su fundador y la ingente tarea que llevó a cabo para que aquella comunidad no perdiera, por lo menos en vida suya, la identidad que la cohesionó y, a fin de cuentas, la hizo heroica.

El recuerdo de los "andaluces de Tetuán" en las crónicas portuguesas es un hito para la Historia de ambas orillas del Estrecho. No es cierta la leyenda, tan repetidamente escrita, de que todos guardaban las llaves de sus casas de Granada, para cuando regresaran abrir de nuevo sus moradas, pero el espíritu de esa leyenda es verdad (25).

Lo cierto es que resulta muy difícil evitar la terrible nostalgia del destierro y el enorme espejismo que se levanta ante aquel que marcha de su patria por uno u otro motivo.

¿Cómo, si no, todavía hoy, las familias tetuaníes descendientes del reino de Granada, recuerdan, no sólo con orgullo, sino con atracción irresistible, que ellos son los herederos de aquel pasado?

Al Mandari, bastante longevo, en los últimos días de su prolongada ancianidad, al cabo de más de medio siglo de ser el jefe indiscutible de aquella comunidad, se conmueve hablando a diario de la patria perdida y casi se inclina a realizar el supremo sacrificio con tal de volver a verla (26).

Muchos lo hubieran hecho si hubieran podido. Siglos más tarde los temibles hornacheros de la Kasbah de Rabat, escriben al rey de España, dispuestos a someterse a la Inquisición con tal de volver a aquel Hornachos, perdido entre las sierras pacenses (27). Los granadinos y sus descendientes jamás olvidaron sus raíces. Ello, junto con la debilidad del poder central marroquí, determinó otra característica sociológica de aquella comunidad que, casi desde su nacimiento se sintió con fuerzas suficientes para gobernarse a si misma, sin ingerencias extrañas, cuando lógicamente los extraños eran ellos.

Rodeados, además, de un campesinado mísero y atrasado, como eran los montañeses de Ŷebālā, Anŷera, el Haus o Banū Ḥusmar y Banū Ḥassan, incapaces por otro lado de hacer frente a las fuerzas cristianas invasoras, y autoproclamándose ellos mismos campeones del "yihad" contra esos invasores, no es extraño que se creara en ellos un complejo de superioridad. Su deseo de no perder su identidad les ayudó a conservarlo durante muchos años.

Podría decirse que el primer siglo de su implantación en la nueva Tetuán, que yo he llamado el siglo del Mandari, fue un periodo de granadinismo casi

(25) El ilustre historiador de Tetuán, Muḥammad Dawd, hablando de esa leyenda de las llaves, niega que alguien las tuviera. Véase su *Tarīj Titwān.* Tetuán 1379-1959. Tomo 1.°, pág. 88.
(26) ARANDA, Gabriel: *Vida del V.P. Fernando de Contreras*. Sevilla 1692, págs. 507 y 516.
(27) GOZÁLBES BUSTO, Guillermo: "La República andaluza de Rabat en el siglo XVII". *Cuadernos de la Biblioteca Española de Tetuán.* Núms. 9-10. Tetuán. Junio-Diciembre 1974.

puro, solo adulterado con esporádicos enlaces con los surfa del país, uno de cuyos primeros ejemplos fuera, quizás, el del propio ʿAli al Mandari (28).

Aún en comunidades cuya formación no fuera exclusivamente granadina, como ocurrió en la ciudad de Xauen, su influencia y su peso específico en la ciudad, también recién fundada por aquellas fechas, fueron tan decisivos como para imprimirle el sello peculiar que aún conserva y, desde luego, para que aquellos descendientes directos de familias granadinas no olvidasen, incluso hasta nuestros días, tal circunstancia.

No se desarrolló la sociedad granadina-nasrī en el exilio exenta de avatares y peligros. La enormidad de éstos no hizo posiblemente normal su evolución, aunque lo normal hubiera sido su rápida y ordinaria absorción en la socidad marroquí en la que se insertó, como ocurrió en otras partes de Marruecos, con mayor o menor facilidad.

La situación política y militar del país no lo permitió así, al encontrarse grandes comunidades de exiliados en un territorio azotado por los enemigos seculares y poco amparado de las autoridades de la dinastía watasī, reinante entonces en Marruecos. A todo esto hay que añadir un factor casi decisivo. La práctica independencia de casi todo el trapecio Norte marroquí, en manos de un señor de la guerra, el šarif Sīdī ʿAlī ben Rašīd, Príncipe de la Montaña y fundador de Xauen. El apoyo que prestó a todos los huidos del reino de Granada fue tan enorme que nos atreveríamos a decir que sin él, la historia del exilio granadino se habría desarrollado de otra muy distinta manera. Cabe recordar, simbólicamente, que casó su hija con al Mandari.

En los comienzos del siglo, hacia 1511, desaparece ben Rašīd. Luego, en el transcurso de los años hasta la mitad del XVI, van desapareciendo las principales figuras que dieron vida política y social a las comunidades granadinas refugiadas en el septentrión marroquí: al Mandari, su mujer Sit al Hurra, su cuñado Mawlay Ibrahim, incluso su segundo descendiente en el gobierno de Tetuán, el alcaide Hacen o Aḥmed Ḥasen.

Faltos de aquellos grandes dirigentes y coincidiendo, por añadidura, los tiempos del afianzamiento de una nueva dinastía, la saadi, en Fez, volvieron a aparecer en la ciudad granadina-nasrī de Tetuán las antiguas rivalidades y las viejas luchas entre linajes.

Leyendo a Mármol parece que estamos reviviendo páginas, ya olvidadas, de la propia Granada.

"En ese tiempo hubo en la ciudad [Tetuán] dos parcialidades, llamadas Bu Alis y Bu Hazenes. Más después los Bu Alis echaron por fuerza a los contrarios

(28) GOZÁLBES BUSTO, G.: *Al Mandari, el granadino...*, págs. 70 a 72.

fuera de la ciudad en el año del Señor, mil y quinientos y sesenta y siete... y estando ausente de Tetuán el Ḥasen alcaide de la ciudad, Sīdī Hamū, cabeza del bando contrario, entró dentro y mató todos los del linaje de Bu Ali y se alzó con ella. Lo cual sabido por el xarife, rey de Fez, envió luego un alcaide llamado Ben Halifa, con mil de a caballo y al Dogueili, andaluz, con dos mil peones escopeteros de a pie, andaluces, los cuales entraron pacíficamente en Tetuán y prendieron a Sīdī Hamū y le enviaron preso a Fez y echando de la ciudad a los Abū Ḥasenes la ocuparon por el xarife... y así se acabó el señorío y el linaje del Almandari" (29).

¿Despertaron codicias y ambiciones las excesivas ganancias del corso? Por lo menos ese fue, al parecer, el motivo del golpe de mano que arrebató gobierno y riquezas a la viuda del Mandari e inmediata sucesora suya.

Los nobles granadinos, entre los que se encontraban muchos pertenecientes a la familia real nasrī, habían podido emigrar con una parte ínfima de sus bienes.

"Los que habían decidido hacer la travesía, dice un anónimo, empezaron a vender su hacienda, fincas y casas. Tal había que vendía su huerta, tierra de labor, carmen o campo por un precio inferior al valor de los frutos... De un modo parecido se enajenaban las alhajas y efectos" (30).

Tal fue el ambiente general en las capas superiores de la sociedad granadina, según nos transmite el cronista musulmán. De aquellas grandes fortunas, apenas llevaron consigo lo necesario para subvenir las más apremiantes necesidades inmediatas y ¿qué otras fuentes de riqueza podían explotar aquellos nobles o burgueses acomodados, acostumbrados a vivir de sus enormes rentas y disfrutar de todo lo excelente que les proporcionaba el campo, el comercio y la industria granadinos?

La cabalgada, si eran militares, el corso si no lo eran.

Gastando su poco o mucho caudal en armar naves para la guerra santa en el mar, tenían derecho a una parte del botín que se apresara.

Pero, aparte de las codicias que despertaba, también el corso contribuyó a un cierto cosmopolitismo de la población tetuaní que comenzó así a diluir de alguna manera su esencia andalusí e inició su absorción por el medio humano que le rodeaba lo que no podía por menos de ocurrir.

Y el corso proporcionó un factor añadido al extenderse los turcos desde Argel por las aguas del Estrecho, poco después de comenzada la segunda década del siglo XVI (31).

(29) MÁRMOL CARVAJAL, Luis del: *Libro Quarto, del Reino de Fez... de la descripción general de África.* Granada 1573. Folio 131 y 131 vuelto.
(30) *Fragmento de la época*... ya citado pág. 50.
(31) RODRIGUES, Bernardo: *Ánais de Arzila*... Lisboa 1915, pág. 227.

Los turcos tuvieron, tanto en Tetuán como en Larache, pero mucho más en la primera de esas ciudades, unas bases logísticas que se prolongaron en el tiempo (32).

Los mercados de esclavos de Tetuán y Argel estuvieron íntimamente comunicados, complementándose el uno al otro, siendo normalmente el de Tetuán el que proporcionaba al argelino los mejores y más numerosos lotes de la *mercancía* apetecida (33).

En cuanto a los demás factores nos remitimos a Dāwd.

"Por fin —dice— se establecieron en Tetuán gran número de rifeños y montañeses, al lado de sus hermanos los granadinos y habitaron con ellos gentes de Fez. Se emparentaron las familias y se mezclaron los intereses. Llegó así la época en que se olvidaron las diferencias entre las razas para la mayoría de las personas. Después he los que llegaron a Tetuán desde Fez o desde distintas cábilas rifeñas y montañesas, incluso acudieron árabes y de otros diversos lugares. Imitaron las costumbres granadinas en sus formas de estar, en sus vestidos, en sus comidas y en la forma de hablar. Se impregnaron todos con el matiz tetuaní especial, hasta hacerse imposible el diferenciar con exactitud entre el originario de Granada o el originario de Fez o el rifeño o el montañés. Pero la dirección de Tetuán y su guía espiritual y social estuvo, en su mayoría, en manos de las familias granadinas, enraizada en la cultura, la riqueza y la distinción" (34).

Poca cosa más habría que decir de la sociedad granadina-nasrī en el exilio.

Quedó el recuerdo, la emoción de la Granada cada vez más lejana, pero también quedó algo más. Quizás poco, quizás mucho según se mire, pero ese poco o ese mucho todavía pervive en la sociedad tetuaní. Y pervive porque han procurado que no desaparezca aquellos elementos de la sociedad y de la familia que menos ha figurado y del que menos se ha hablado en crónicas e historias. Es el personaje más sufrido de todos los sacrificios y, sin embargo, el más indispensable y con el que hay que contar a la hora de emprenderlo. Nos referimos, claro está, a la mujer granadina en el exilio, a la compañera de tantas luchas, a la madre, a la hermana, a la esposa, a la hija.

Pero ese tema de la mujer granadina en el exilio creemos merece una atención más prolongada y cuidadosa que nos proponemos emprender en breve.

Guillermo Gozálbes Busto

(32) S.I.H.M. España 1.ª-1, págs. 1 y 2.
(33) S.I.H.M. España l.ª-1, págs. 79-80. Portugal l.ª-3, págs. 113-126, 499-500 y Portugal l.ª-4, págs. 52,79,85,92, 130.
(34) DĀWD: Op. cit., pág. 98.

RESUMEN

La desaparición del reino nasrī de Granada provoca, en su entorno temporal, una de las más grandes emigraciones de musulmanes españoles al Norte de África.

Los exiliados tratan de reproducir en la otra orilla del Estrecho, los esquemas sociales dejados por ellos en la Península.

Naturalmente sólo lo consiguen parcialmente, allí donde se agrupan en comunidades autónomas, casi independientes del poder central marroquí.

Un ejemplo de ellas lo constituye la ciudad de Tetuán, fundada por un grupo de nobles granadinos, a cuya cabeza figuraba al Mandari.

Sin embargo, las condiciones del medio físico y humano son bastante diferentes a las peninsulares y se forja una sociedad granadina en el exilio muy peculiar y quizá opuesta a los propios deseos de sus componentes.

ABSTRACT

The disappearance of the Nasri kingdom from Granada provoked, during a period of change, one of the largest emigrations of Spanish Moslems to the North of Africa.

The exiles endeavoured to reproduce the society, which they had left in Peninsula, on the other edge of the Straits.

Naturally this was only partially achieved as they were gathered in autonomic communities, almost independent of central Morrocan power.

An example of this is the city of Tetuan which was founded by a group of nobles who had come from Granada, led by Mandary.

However, the human and physical conditions in the environment were differrent to those of the Peninsular and a peculiar exiled Granadine society emerged, possibly contrary to the wishes of those concerned.